

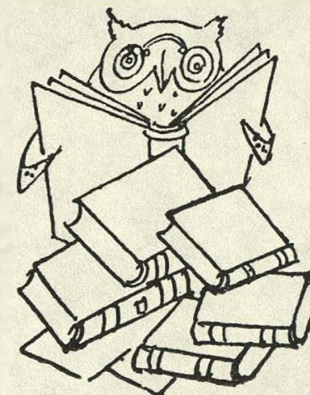
suministran la única forma posible para que en ella quepan los mandatos, al menos un mandato premisa que mediante él y un juicio, permite deducir su mandato deducción.

CONCLUSION

Las páginas anteriores nos han mostrado la anatomía del pensamiento imperativo frente al juicio. El tema es ampliamente desarrollable en varias direcciones. Pero de pronto basta lo dicho.

Quedarían por dilucidar problemas como el del ámbito del imperativo, el de los espacios vacíos de imperativos y el de las jerarquías de imperativos, etc., étera... Pero ninguna de estas cuestiones es estrictamente lógica. Requieren para su justa apreciación conceptos de otras ciencias, especialmente de la sociología, de la ética y de la filosofía del derecho.

Bogotá, D. E., Marzo de 1967



PAGINAS MAESTRAS



Ilustrísimo Sr. Fray Cristóbal de Torres

DISCURSO PRONUNCIADO EL 9 DE NOVIEMBRE DE 1924 EN LA QUINTA DE BOLIVAR

Por **Guillermo Valencia**

He llegado sigilosamente a este dilecto albergue tuyo, ¡Oh Padre Inmortal! La esquivada pendiente que a él conduce, despoja al espíritu de su vulgar ropaje, concentra la emoción, aguza los recuerdos y purifica el alma para la visión del martirio glorioso.

Todo es sagrado aquí, y una voz interior nos murmura que este sitio no sabe parecerse a los otros lugares. Hinchido fue de la majestad heroica; todo él quedó impregnado por una olímpica ambrosía, y el acre olor del león apenas cede a aromas de suavidad equívoca que están fluyendo ahora de la núbil belleza o del jazmín oriental, de los claveles trágicos y las violetas escondidas.

¡Todo es sagrado aquí! En esta diminuta porción del pueblo americano estampó su pie levísimo el nuevo Hércules, el hombre tempestad que flageló las cimas andando "sobre pies de palomas". A esta cornisa rocosa vino a posarse, brevísimos instantes, el águila soberbia que traía un grueso haz de purpúreos laureles, tronchados sobre la inflamada llanura de Carabobo; y desde aquí se alzó en alas de su genio cesáreo, oteó los horizontes australes, remontó hasta el sol, y, al clavar el vuelo oblicuo, fue dejando caer, de uno en uno, los gajos que cortaba, convertidos en fuego sobre la tierra sitibunda de justicia. En Bomboná, en Pichincha, en Junín, en Ayacucho, no soltó ya laureles sino rayos.

Aquí dialogó el Genio con la Divinidad; aquí fuéronle, por ella, ceñido los potentes lomos para el certamen de imposibles; de aquí mismo volaron en efluvios la pujanza creadora y el soplo redentor de pueblos; aquí cortó el cometa de procelosa cauda, en su carrera fulgurante, la órbita destinada para camino de los dioses.

A todo lo largo de su tormentosa odisea austral, iba añorando el héroe ésta su hechizada gruta de Calipso. No sabré decir si la olvidara un instante desde la repuesta mansión del Ri-

mac donde la sombra nocturna era siempre nupcial por la gracia de morenas en flor a quienes sorprendía la mañana —como a la doncella de Mileto— inclinada sobre las copas vacías y con el velo desceñido sobre el hombro. Mas al tornar aquí cuatro años adelante, consumado ya el prodigio, él esquivó ágilmente el agasajo palaciego para volver el mismo día de su triunfal entrada a este asilo que enmarca desde entonces un tríptico sublime; Gloria, Amor, Dolor. De aquí partiera el padre a redimir tres pueblos, y aquí mismo volvió trayendo las cadenas rotas por sus manos. Fue tal vez ese el momento culminante de su fortuna. Horas después, al reposar los ojos en las áureas pomas hinchadas que le cuajó el Destino para melificarle los labios sedientos de Gloria; advirtió ya en ellas, apenas perceptible, el estigma precoz de la caducidad implacable. ¡Solo el bronceo laurel, áspero y afilado, estilizaba perennemente en sus gajos vivos las victoriosas lanzas, agrupaba en pródigos collares sus bayas verdinegras, como bélicos frutos de muerte!

¡Quién hubiese podido contemplar aquí a aquel Homero-Aquiles que un día se soñó su propia *Iliada*, y al anochecer del siguiente, se la tenía ya vivida y cantada! En los frontones colorados del Andes, sobre los desfiladeros insignes, este escultor de pueblos pasó tallando el friso de sus hazañas inmortales, y sobre las llanuras, los bajo-relieves esculpidos a bote de lanza, entre su fiero y rítmico galopar de centauro.

Ese primer reposo tras la fatiga creadora, selló de inmortalidad este retiro. Entretúvose aquí destejiendo a las plantas de Amor, la alternada corona de lauros y de espinas.

Tres lustros de victorias y de reveses; de arrebatos febril y laxitudes de angustia; de ávida fe calcinadora y helado soplar de desconsuelo; doseles de la triunfal altura sorbidos súbitamente por las mudas bocas del abismo; la bronceada esclavitud torciéndose en el espasmo de un dolor irredento, mudada luego en la radiosa libertad, sonreída y soberbia; escombros, ayes, ríos de múrice; cárdenos resplandores de incendio —aureola de las ciudades violadas— legiones ebrias de victoria, o pávidos tropes de fugitivos; fúnebres árboles de punición, doblegados al peso de sus frutos de muerte; sabios y santos, mancebos y heroínas descuartizados sobre el estadio pavoroso; odio, amor, ira santa, rabia ciega; anhelo, acometida, resistencia, fracaso, votivas guirnalda, locuras: todo aquí fue evocado en las ardientes vigiliadas confidenciales y perfumadas. Ese mirador está saturado de grandeza. ¿No advertís que perdura allí todavía el acre olor del león? Este asilo es grande porque lo sublimó su dueño, y hermoso porque lo embelleció con su cariño la caldeada imaginación del amante. Es el templo a que se acogió el libertador de cinco pueblos para repensar su epopeya sobre el regazo de la fatal belleza...

¡Estas arenas imprimieron las huellas que dejara el acelelado y andar del coloso; este murado recinto recogió en sus ángulos el gemidor arrullo y el rugido feroz; estas pulidas fuentes desgranaron sus rumorosos collares en la serenidad acariciadora del crepúsculo; el alma del soñador diluyó en esta atmósfera su idealidad que vivirá...!

Apagáronse una en pos de otra las notas de aquel himno, y las áureas pomas hinchadas que le cuajó el Destino al héroe, para melificarle los labios sedientos de gloria, fueron dolorosamente, cayendo de las ramas.

Eclos de lejanas tormentas, marchas precipitadas, arrebatos coléricos, penas del corazón, salivazos, injurias, celosa ingratitud, envidias, extraviada grandeza, rectitud implacable, juvenil demencia, te alejaron, oh padre, de tu enantes hechizado asilo. Tornaste a él después, mas con el alma desgarrada, en la incurable desolación del tedio, con el arrepentimiento de habernos creado, bajo la indecible tortura del naufrago en la noche. Sobre estos muros donde las antorchas del festín proyectaron, en días abolidos, manos que tendieron agitando coronas para ceñir tus sienas de Imperator, el fatídico brazo de Edipo alargábase ahora, armado de la hoja parricida, en busca de tu corazón magnánimo. Y en ese mismo mirador rememoraste entonces, no ya la voluptuosidad de la apoteosis, sino la amargura de ser grande, gustada gota a gota entre el medroso silencio de las vigiliadas trágicas.

Cuéntase que al amanecer probabas apaciguar tu espíritu, mordido de letal desaliento, sembrando árboles que para ti fueron sin duda confidencias a la tierra, a la tierra que no nos engaña, y retribuye en ectáneos cálices nuestro sencillo y confiado amor. Imagino que al sembrarlos ibas diciendo a cada uno, como el dolor judío: "yo te he plantado en medio de mi amargura". Allí están ellos guardando el mirador, asombrando la callada alberca, adusta como un crimen, inconsolable cual una cisterna disipada. Yérguense allí los arduos pinos, erizados al soplo del dolor, en haz apretado y sombrío, adelgazando sus fúnebres ramajes que figuran las negras llamas de la desolación, y nos están contando, entre suspiros, que antes que sembrados, fueron pensados por ti, ¡oh mártir voluntario, por las ajenas desventuras! Esos árboles, tristes como la noche en que apagó su latir un corazón amado, sudan por todos sus poros inconsolables desventuras, y los dejaste allí para eternos testigos de tu simpár melancolía. Allí están señalando el sepulcro de tu anhelo y la urna en que encerraste, todas, todas tus ilusiones.

Llenas y vivificas estos esquivos sitios palpitantes del hábito que tú les infundieras, y al dejarlos una tarde, te desasiste de ellos para siempre: muerta ya la Esperanza, todas las cosas murieron para ti. ¿Eres tú el mismo que llegaste algún día sobre el plaustro de los antiguos triunfadores, que arrastraron vírgenes, y conducido ahora al lento andar del enflaquecido jamego

—como el dechado de los caballeros andantes— tú, viejo domador de leones acosado de ratas? ¡Oh manchego redivivo, que bien sombrea tu austera excelsitud el hondo pesar que te anubla! “¡Qué triste!” dijo alguno mirando un antiguo monumento, delante del gran corso. “¡Triste como la grandeza!”, respondió el guerrero, triste de grandeza fuiste también bajo tu inseparable dualidad de Príncipe Hamlet y Alonso Quijano.

Alegría es signo de pequeñez en equilibrio. Tu desorbitada magnitud te mostró siempre taciturno. Tu euforia fue instantánea como el relámpago en la noche. Quien te modele para la posteridad debe sentirse como se sintió Tenerani: ¡Triste como la grandeza!

Enloquecido por la gloria del Macedón, propúsole un día Scopas tallarle en estatua la portentosa mole del monte Athos. Algo mayor ha soñado mi admiración para ti: ¡Tú eres el espíritu que anima otra estatua durante milenios preexistentes: ¡el mundo que redimiste! Sólo el Mar de Atlante que presidió tu locura creadora, puede simbolizar, en su tormentosa fecundidad, con ritmo eternamente renovado, tus vastas concepciones germinantes y tu cabeza olímpica. Tan sólo la estupenda figuración andina, de aceradas vértebras y ligamentos de oro, pudiese sustentar tus músculos que, al distenderse, anonadan, y, en reposo, distancian y defienden, dilatándolos hasta la remota ribera, en que empapan tus plantas las aguas del Pacífico, pedestal de inmortales, imagen de la gloria sin fin que te aguarda, en la incalculable sucesión de los tiempos, en que cada espuma es un día y cada tumbo un siglo. Cruzados los brazos, en el ciclopeo nudo de la Gran Colombia, escudan al que fuera tu propio corazón palpitante. Los relámpagos evocan tu surcada, tu indomable, tu procelosa frente, y para el rápido y chispeante centellar de tus ojos fulguran sin descanso los volcanes andinos. Sólo la voz del trueno tableteando sin cesar, entre las oquedades de los abismos, pudiese responder en ecos portentosos, al silencio imperturbable de tu gloria, ¡oh Padre inmortal!

SANTANDER, GENESIS EN PENSAMIENTO Y EN ESPADA

Por José Camacho Carreño

Conciudadanos:

Mi canto, ¡oh Padre!, más que geórgico es bárbaro. Se levanta del bosque, a orillas del río inconsolable de la Patria que corre y corre sin cesar, besando centenariamente a Colombia y conduciéndole barcos de factura y ruines piraguas sin otro peso que el de la canción y el de indígena flecha. La multitud que se apiña a escucharme, entre marco de bohíos, es también una floresta humana: haraposa, desnutrida, ciega en el entendimiento, expósita de la República, bronceada la tez por los soles que la flagelan con el rigor que a los vegetales. El paraje es aldea melancólica. Pero late, naciendo de la entraña misma de la tierra, del útero de la selva y de madres dolientes sin pan, sobre cuyos pechos berrean hijos, un latido del Patria que estremece los labios del trágico proscrito con elación más espontánea y fluída que el rumoso y convencional y embustero escenario de las grandes metrópolis donde te glorifica la mentira pública y el aterido protocolo mestizo.

Sola está tu memoria con nosotros para dialogar sobre el corazón virgen de Colombia con su pueblo libre. Tu tímpano, templado por clarines y por rumor de sangre que aguerridas lanzas a raudales, estará ya fatigado del lloro de las grandes campanas que suspiran tu efigie desde las basílicas mayores hastiado del solfeo de cornetas que no han repercutido sobre colinas mártires ni llanuras sangrientas, porque nacieron para discurrir como pacíficas cantantes sobre el sosiego de manifestaciones cívicas; y sobre todo, hastiado y adormecido con la gangosa jerga académica sin vida y sin savia, pero con repetición enfadosa, trapo retórico para envolver en consabidas efemérides protocolarias, con mortajas deficientes, la memoria de muertos inmortales.

Aquí no ves el resplandor cortesano, pero tampoco escuchas hipocresía ni lisonja ceremoniosa. En viudez silenciosa va el Magdalena, ofrendando incesantes lágrimas a tu egregia memoria